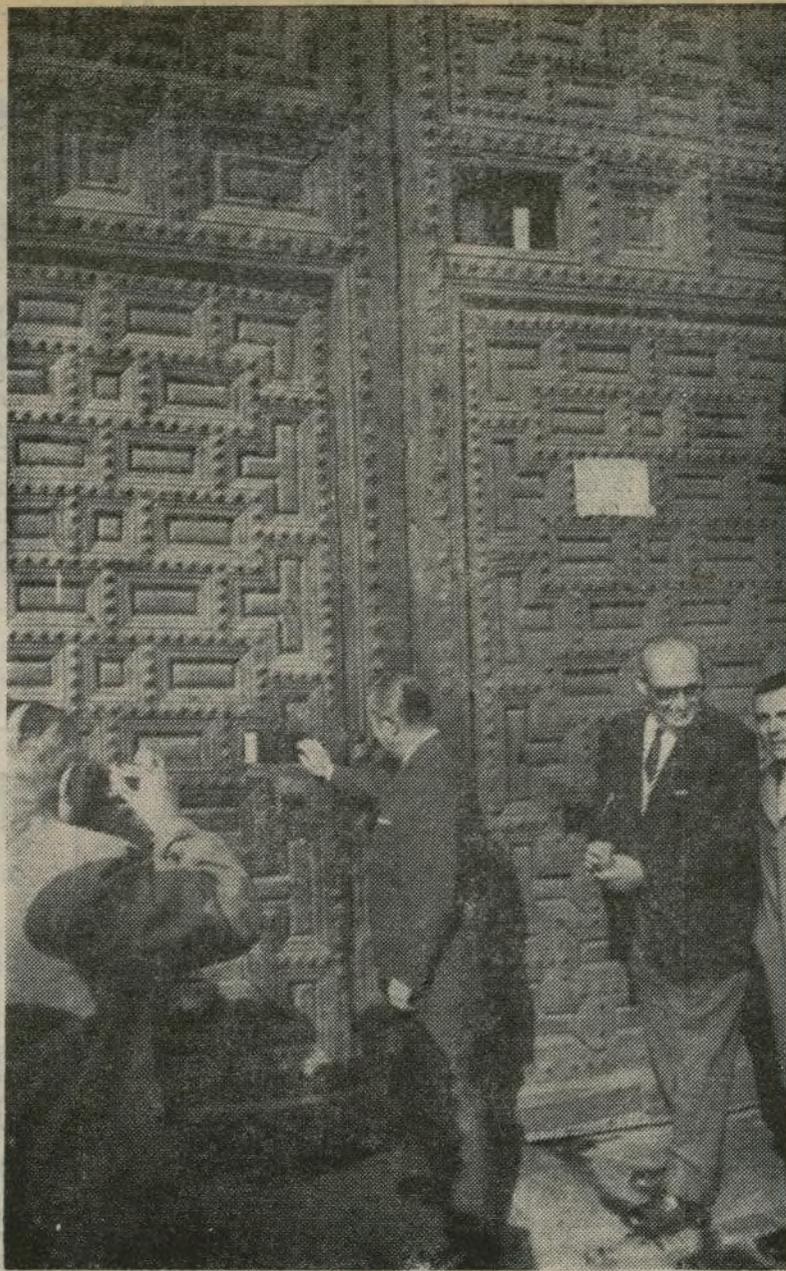


Fachada del viejo caserón, atribuida a Ribera. Lo único auténtico de valor del edificio.



El Alcalde Arias Navarro tomó posesión, en nombre del pueblo de Madrid, del Cuartel de Conde Duque. Era 1969.

# A VUELTAS CON CONDE DUQUE

La  
esperanza  
de una  
de las zonas  
«más  
angostas  
y fatigadas  
de la  
ciudad»

**A** las doce y cinco de la mañana del 14 de noviembre de 1969, el Alcalde Arias, al que ya los madrileños conocen como el mejor Alcalde, abrió, con una de las diecisiete llaves de la gran casa, el candado de la puerta principal. Madrid, representado en su Alcalde, tomaba posesión del cuartel de Conde Duque.

(A esa hora, Enrique de Aguinaga, que ya era delegado de Servicios del Ayuntamiento, respiró un poco más hondo en busca de ese aire que, por cien millones, acababa de comprar el Ayuntamiento para todos los madrileños; a esa hora, «El ojo de la aguja», que firmaba Antonio Izquierdo, en ARRIBA, saludaba con alborozo el final de una de las batallas que con más vehemencia, uno y otro habían ganado para Madrid, desde la crítica municipal de este periódico; a esa hora, tres millones de madrileños mantenían la ilusión en ese balón de oxígeno de 58.000 metros cuadrados.)

## HISTORIA DE UNA BATALLA

Cuando don Carlos Arias tomaba posesión de la historia, las plazas y los jardines de Conde Duque no cerraba, contra lo que se creyó entonces, una batalla que el pueblo y los medios de comunicación social habían iniciado durante el mandato del conde de Mayalde. Abría, si se quiere, una esperanza; la esperanza de que una de las «zonas más angostas y fatigadas de la ciudad» (Izquierdo, ARRIBA, 10-II-73) se convirtiera en pulmón de los ciudadanos. La esperanza, en fin, de que el cuartel de Conde Duque no fuera otra Torre de Valencia (ARRIBA, 10-III-73).

## 100 MILLONES APLAZADOS

Antes de que el Ayuntamiento se decidiera a comprar el edificio más basto de Madrid, éste hubo de

pasar por tres subastas, sin licitadores, porque la cota más baja de licitación se establecía en 90 millones de pesetas. Y la limitación de alturas —compromiso de rango jurídico que salvaguarda la intimidad del palacio de Liria, residencia de los duques de Alba, contigua al viejo caserón— hacía prácticamente inviable la operación de la Junta Central de Acuartelamiento, propietaria del edificio y solar. ¿Qué inmobiliaria del país arriesga su dinero si no había de especular con suelo, densidad, altura y cielo?

Así las cosas, el Ayuntamiento en Pleno (27-II-69) acuerda comprar el cuartel de Conde Duque. Se trataba de salvar lo poco que poseía de valor histórico el viejo caserón, mandado construir por el primer Borbón de la Monarquía española para su guardia de Corps, y de dar una nueva zona de recreo a los madrileños. El 14 de noviembre del mismo año, el Ayuntamiento tomaba posesión del edificio y solar, previa entrega de un cheque por 33 millones de pesetas y el compromiso de pagar cada año 13,5 millones hasta completar el total del precio de compra, que se había establecido en 100 millones de pesetas.

## COMIENZA LA PERIPECIA

Desde entonces hasta hoy el histórico caserón —más histórico por el tiempo que por su valor artístico— ha pasado por las más diversas vicisitudes.

Primero se trató de hacer de Conde Duque conjunto histórico artístico o zona monumental, pero la Academia de San Fernando, aunque algunos de sus miembros patrocinaban tal empeño, desistió pronto de tal majadería. Luego pensaron en convertir sus dependencias en una especie de Casa de la Cultura, al servicio del Ayuntamiento, pero pronto se llegó a la conclusión de que sus viejos muros

no tenían ni solera, ni arte, ni valor alguno —excepción hecha de la portada, que se atribuye a Ribera—, y pareció absurdo hacer una inversión que, sin duda, supondría más gasto que su derribo y posterior remodelación. En este tiempo no faltaron acaloradas polémicas en los medios de comunicación social, porque, a la postre, muchos amantes de lo viejo, no de lo histórico o artístico, levantaron su voz para «denunciar» lo que ellos llamaban defenestración de algo íntimo y representativo de Madrid.

## POSICION INTERMEDIA

Ante las presiones de uno y otro lados, el Ayuntamiento optó por una posición intermedia. Ni dio la razón a los que querían conservar el edificio ni a los que, con denuedo, defendían la tesis de que Conde Duque debiera convertirse en un parque público, en el que sólo se conservara aquello que tenía algún valor artístico, como por ejemplo, la Portada, atribuida a Ribera. Y de esta suerte, la Casa de la Villa realizó unos estudios, prácticamente finalizados ya, para derribar y construir en la zona, conservando lo que tuviera de artístico, distintas dependencias municipales, que ayudaran a descongestionar de funcionarios las desbordadas oficinas de la Casa de la Villa.

Así está el tema en la actualidad, actualidad que ha cambiado no poco las circunstancias en que se realizaron los estudios para la reconversión de Conde Duque en centro de descongestión de la Casa de la Villa. Unos grandes almacenes abrirán sus puertas próximamente en la zona, y el saturado eje Princesa-Alberto Aguilera, que amenaza con la asfixia.

PEREZ-VARELA

(Próximo capítulo: «Lo que se puede ganar o perder con Conde Duque».)



Viejo caserón de Conde Duque, en la zona no hay un espacio libre para que los niños jueguen, tomen el sol o se sienten al pie de un árbol

La plaza de España, antes en su lugar se levantaba el cuartel de San Gil, demolido en 1910

# Lo que se puede ganar o perder con Conde Duque

*Sería una de las plazas públicas más importantes de la capital, superior en extensión a la de Oriente*



EN 1910 los medios de comunicación social no habían alcanzado la dimensión, el esplendor y la influencia de ahora. Sin embargo, Madrid, sus élites, levantaron con maledicencia el rumor de que iba a destruirse el cuartel de San Gil. Hubo presiones y apuestas; pero al final, en ese año, San Gil se fue para siempre a la cal de los osarios. Hoy, sobre sus ruinas se levanta la plaza de España, para gloria y recuerdo de Quijote y Sancho; para esparcimiento de niños, turistas y ociosos; para regodeo de «tatas», soldados, automovilistas y estudiantes. Treinta años después, en 1940, los cuarteles de San Francisco y el Rosario padecieron lenta agonía, acalorada controversia; hoy, una nueva Gran Vía se abre en su sitio. Más tarde fue el cuartel de la Montaña, que, a la postre, fue el único que murió «después de haber puesto el honor en sus armas» —20 de julio de 1936—, y sobre sus ruinas heroicas se levanta hoy el templo de Debot, y desde Príncipe Pío los madrileños pueden divisar la grandeza de una ciudad que se extiende sobre el ancho suelo de Castilla.

## Conde Duque, para nostálgicos

Conde Duque es el último recuerdo de una época. Por eso no es fácil desdeñar a los nostálgicos, ni siquiera contradecirlos, sin que al mismo tiempo se sienta nostalgia; destruir Conde Duque mientras exista un historiador, un romántico o un amante de lo viejo será a la fuerza delito. Es indudable que si el enorme paralelogramo y el solar que le circunda hubiera sido adquirido por alguna inmobiliaria o algún particular en cualquiera de las tres licitaciones a que fue sometido por la Junta de Acuartelamiento y posteriormente sobre sus piedras demolidas se elevaran bloques de viviendas, la nostalgia y el recuerdo, por lo menos de algunos, se hubiera aplacado. Pero no. Conde Duque para gracia y suerte de Madrid, fue adquirido por la Casa de la Villa, que era, en definitiva, después de los impuestos que pagaron los vecinos de Madrid sobre aceite, cacao y chocolate, por valor de más de diez millones de reales, para su construcción, en el siglo XVIII, a la que correspondía heredarlo, quizá sin el desembolso de cien millones de pesetas. Y, como el Ayuntamiento es «de todos», los nostálgicos se sienten con el inexcusable deber de salvar el viejo caserón diseñado por Ribera, de cuya versión original sólo queda el recuerdo. Reconstruir el cuartel de Conde Duque, como quieren algunos, según el viejo diseño y construcción es una locura que no está al alcance del erario municipal, sobre todo porque éste tiene problemas más urgen-

tes y de más perentoria necesidad. Remodelarlo y mantener en él algunos servicios, como los de Estadística y Contabilidad, que existen ahora, supone un gasto anual que desborda cualquier presupuesto. ¿Destruirlo y conservar lo único, como por ejemplo, la portada, que tiene auténtico valor, o destruirlo y elevar sobre él un nuevo edificio para descongestionar las oficinas de la Casa de la Villa? Quizá.

## Lo que se puede ganar

Si el Ayuntamiento llevara adelante el proyecto de destrucción del cuartel de Conde Duque y conservara en sus jardines aquellos detalles más representativos —los que quedan— de la obra que fue y alguna es todavía, como la portada, de Ribera, Madrid habría ganado una de las plazas más importantes de la capital (Conde Duque sería superior que la plaza de Oriente) y, lo que es más importante, se conseguiría un auténtico pulmón en una de las partes viejas, donde aparte de que el suelo está a precio de oro, no hay posibilidad de crear una zona ajardinada (como se puede apreciar en alguna foto) porque no hay más que calles «y más calles, angostas y tortuosas, donde cada vez se adensan más los edificios, con casas que se apiñan, sin que las gentes que en ellas viven, sobre todo los niños, tengan donde tomar el sol, jugar o sentarse bajo un árbol».

Alegar, en contra de su demolición, que el viejo caserón tiene un valor mayor que el nostálgico parece poco serio. Tan poco serio que, incluso los mayores defensores de su conservación, han reconocido, quizá sin querer, su escaso mérito.

Por ejemplo, Chueca Goitia decía en 1962, recogiendo la información de un cronista matritense: «Ya tenemos, pues, documentado un incendio que no debió ser el último porque el cronista lo llama el último. Este incendio debió dar al traste con la torre más alta y ornamentada del cuartel. Menos mal que fue en plena «Gloriosa» y no debía de haber presos políticos. (...) Cayeron, pues, torres y chapiteles y el cuartel quedó en la forma árida y desabrida que hoy presenta y que en nada es imputable a Pedro Ribera, sino a los que vinieron después y reconstruyeron las cubiertas con desaliño y sin gracia. También se perdió la cornisa principal, que era, posiblemente, de canaercillos de madera al estilo madrileño. Todavía hoy podemos darnos alguna idea de lo que sería el cuartel de Conde Duque en su buena época acudiendo al modelo en madera del coronel Gil del Palacio, que se conserva en el Museo Municipal.»

¿Puede, confrontándose la maqueta de Gil Pa-

lacio y el actual estado del cuartel de Conde Duque, decirse que en aquella obra que diseñó él es esta que existe ahora?

Pero aún queremos recoger un dato más. Salvador García de Pruneda, decía en «A B C» el 22.10.62, refiriéndose a Conde Duque: «... luego estaban el zaguán, umbroso, con los sables de la guardia alineados y la panoplia de las trompetas; la sala de estandartes, con mantillas en las paredes a guisa de reposteros; la puerta, en fin, que es lo único que se salva y lo único que Ponz quería que se destruyese. Relatividad de los valores estéticos.»

## Lo que se puede perder

Sin embargo, como decíamos ayer, el Ayuntamiento, ante las presiones de una y otra parte —de los amantes de las zonas ajardinadas y de los amantes de la conservación—, había adoptado una postura intermedia: destruir algunas alas y elevar sobre él un nuevo edificio que dé cobijo a las oficinas de la Casa de la Villa. Sin embargo, esta posibilidad, cuyos estudios se han realizado hace algún tiempo, está desbordada en la actualidad. Si los ejes viarios que rodean Conde Duque —San Bernardo, Alberto Aguilera, Princesa— delimitaban una de las zonas «más angostas y congestionadas de la ciudad», ahora, con la próxima inauguración de unos grandes almacenes en la confluencia de las calles de Alberto Aguilera y Princesa, el tráfico viario, totalmente saturado ya, se habrá multiplicado por cuatro. Y si el proyecto de la Casa de la Villa no llega a reconsiderarse y Conde Duque se convierte en sede de cientos de funcionarios y de las personas que cada día tienen que acudir a ellos para resolver sus problemas, lo que es zona angosta y fatigada será el caos, aunque el Ayuntamiento se esfuerce en invertir —al margen de los cientos de millones que suponga el nuevo edificio— unos cuantos cientos de millones más (cien millones está invirtiendo en el paso a distinto nivel, en construcción, de Princesa-Santa Cruz de Marcenado; Alberto Aguilera-Serrano Jover) en construir nuevos viales, subterráneos o elevados. El triángulo San Bernardo-Alberto Aguilera-Princesa, sin posibilidades de ensanche, sin Conde Duque convertido en zona verde, ayudará a que la asfisia de la zona sea total. Se habrá perdido un balón de oxígeno que hace más de doscientos años costó diez millones de reales a los madrileños. Se habrá perdido, en fin, la oportunidad de paliar un poco esa carencia de previsiones de planeamiento que desde hace tantos años estuvo necesitado Madrid.

PEREZ-VARELA